

Cuatro estaciones de la cultura mexicana*

Para Eugenia Kleinbort

"The introduction of a reform does not prove the moral superiority of the reforming generation."

A. N. Whitehead



Existen las generaciones? Homero, Horacio, y el autor de los Salmos no tenían la menor duda. Tampoco el sentido común. Los problemas comienzan con la definición y los casos incómodos. Todos usamos el término y de una forma u otra nos sentimos parte de una generación, pero es difícil precisar en qué consiste ese "nosotros". Para unos es sinónimo de coetaneidad y recuerdos escolares; para otros llega a ser una visión del mundo compartida. Pero aun si se acepta una definición, cualquiera, saltan siempre los nombres excepcionales, los destinos que no cuadran.

Huizinga refutó el concepto por el lado aritmético: en el fluir continuo de nacimientos es arbitrario decretar quién pertenece o no a una generación. Otra crítica suya, de indudable peso, atañe al "antropomorfismo", es decir, a la reducción de la historia a biografía colectiva. En todo contexto histórico, consideraciones de clase, poder, mentalidad, demografía parecen mucho más significativas que los ciclos biológicos de las generaciones. No obstante, existen ámbitos específicamente culturales en los que la teoría generacional funciona dentro de sus limitaciones propias. Ortega la empleó para estudiar el Renacimiento o el arranque del Racionalismo, no para interpretar a la Revolución Industrial. Cuando un mundo cultural se cierra en sí mismo, las relaciones entre hijos y padres intelectuales se vuelven significativas. No es casual que así se haya estudiado, por ejemplo, la literatura francesa del Siglo XIX.

El aparato cultural del México contemporáneo y aún del porfiriano ha sido un cuerpo cerrado en lo material bajo el ala protectora del Estado. Ha sido, además, un aparato marcadamente centralizado en la Ciudad de México y limitado a un número no muy amplio de personas (centenares, no miles) que hasta hace poco se conocían entre sí. Todo ocurrió siempre en unos cuantos edificios del centro de la ciudad. Todos los rostros eran familiares. Estas circunstancias favorecieron la formación

y sucesión de generaciones en cada disciplina, en cada territorio cultural. La cultura mexicana admite realmente su representación gráfica como un gran árbol genealógico con claras y no muy frondosas ramificaciones. En otros países, más plurales y descentralizados, el efecto generacional es mucho menos importante o se encuentra más pulverizado. En Estados Unidos, por ejemplo, fuera de ciertas corrientes literarias de los treinta y los sesenta, es difícil hablar de un árbol cultural genealógico. Casi cada gran ciudad y universidad tienen su estilo y tradición. En México ha ocurrido lo contrario. La filiación cultural es un dato fundamental.



Una historia integral de la cultura debe ser mucho más que una historia de sus generaciones; mucho más, incluso, que una historia de los autores y sus obras. Hay problemáticas que se olvidan. La sociológica, por ejemplo. El intento de una historia desde el punto de vista del público lector. O una historia que parta de una sociología del aparato cultural: orígenes, canales de reclutamiento, mecanismos de prestigio y poder, modos de sucesión. O la económica: la indudable importancia del financiamiento en la vida cultural, científica y artística. En el auge y crepúsculo de corrientes, grupos, modas, censuras y autocensuras, las determinantes institucionales pesan junto al valor intrínseco de las obras o las ideas.

Pero el enfoque generacional representa un aporte en sí mismo: el de la problemática histórica de la cultura. Utilizarlo conduce al método de Ortega y Gasset para quien "las variaciones de la sensibilidad vital que son decisivas en la historia" (podía haber dicho "en la historia de la cultura") "se presentan bajo la forma de la generación". Lo que la distingue es un cierto aire de familia, la marca de convivialidad, actitudes comunes, creencias profundas más allá de las diferencias ideológicas. Una generación es un grupo de hombres en los que algún acontecimiento histórico importante ha dejado una huella, un campo magnético en cuyo centro existe una experiencia decisiva. Es un *ethos* peculiar que, impreso en la juventud, se arrastra colectivamente toda la vida, un modo de afirmar la individualidad frente a los padres culturales, de rechazar y continuar una herencia. Lo que Octavio Paz ha escrito para las generaciones literarias puede valer para las generaciones sin más:

La historia de una literatura es la historia de unas obras y de los autores de esas obras. Pero entre las

* Una versión distinta fue presentada en la VI Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos celebrada en Chicago del 8 al 12 de septiembre de 1981. Aquí se ha omitido todo el aparato bibliográfico.

obras y los autores hay un tercer término, un puente que comunica a los autores con su medio social y a las obras con sus primeros lectores: las generaciones literarias. Una generación literaria es una sociedad dentro de la sociedad y, a veces, frente a ella. Es un hecho biológico que asimismo es un hecho social: la generación es un grupo de muchachos de la misma edad, nacidos en la misma clase y el mismo país, lectores de los mismos libros y poseídos por las mismas pasiones e intereses estéticos y morales. Con frecuencia dividida en grupos y facciones que profesan opiniones antagónicas, cada generación combina la guerra exterior con la intestina. Sin embargo, los temas vitales de sus miembros son semejantes; lo que distingue a una generación de otra no son tanto las ideas como la sensibilidad, las actitudes, los gustos y las antipatías, en una palabra: *el temple*.

Ortega y Gasset pensaba que la sinfonía de las generaciones tenía, no dos movimientos —continuación y ruptura— como propone Paz, sino cuatro: creación, conservación, crítica y destrucción. Más que movimientos, continuidad y ruptura serían los eslabones de las cuatro etapas. Su método histórico prescribía la identificación de una primera generación fundadora. A partir de la zona de fechas de su nacimiento, con un ritmo de 15 años (intervalo natural de la relación maestro-alumno) irían sucediéndose, en convivencia siempre difícil, las generaciones. El ciclo total —no muy lejos de la astrología azteca— era de 60 años.

Durante el segundo decenio del siglo convivieron en el escenario cultural mexicano tres generaciones: la crepuscular del modernismo, la revolucionaria del Ateneo y la juvenil de los Siete Sabios. Las primeras dos corresponden a un ciclo anterior, propiamente porfiriano. Los modernistas comenzaron a sentir incómodo el mundo heredado de los primeros "tuxtepecadores netos" y los científicos, pero nunca fueron más allá de la crítica. La actitud del Ateneo, en cambio, fue francamente combativa y liberadora: abrir ventanas y destruir el añejo orden cultural y académico positivista. La oposición de muchos a la revolución no resta un adarme a su temple revolucionario: Antonio Caso combatió a su modo, enseñando filosofía como auténtico caudillo.

Si esto es así, la generación fundadora del nuevo ciclo nació en la zona de fechas que va de 1891 a 1905. Uno de sus representantes, Manuel Gómez Morín, la bautizó como "Generación de 1915" porque creyó ver en ese año la revelación vocacional del grupo: el descubrimiento de México. Una mayor distancia histórica aconsejaría otra fecha de bautizo: 1921, el año de la reconstrucción. Pero nombre es destino. En una zona de fechas quince años posterior sigue la "Generación de 1929." La fecha recuerda, por supuesto, el movimiento vasconcelista y la autonomía universitaria. En las páginas siguientes se usa el nombre con mayor amplitud para bosquejar el temple de los nacidos entre 1906 y 1920. Un paso de quince años adelante habita la siguiente tanda del ciclo nacida entre 1921 y 1935: la "Generación de Medio Siglo", llamada así en recuerdo a una efímera revista literaria editada por una de sus promociones. El círculo se cierra con la "Generación del 1968" cuya marca histórica nos consta a to-

dos. Son los nacidos entre 1936 y 1950.

Una pacífica familia cultural: padres fundadores e inquisitivos; hijos revolucionario-institucionales; nietos críticos y cosmopolitas; bisnietos iconoclastas.

Siqueiros nació en 1896. Si nos atenemos a la rígida aritmética generacional pertenecería a la generación fundadora, al grupo de 1915. Si nos atenemos a la verdad perteneció a la generación revolucionaria. Como él hay algunos casos. La clave está en no hacer fetiches con los números. Se pertenece a una generación si se convive en ella. Siqueiros participó militarmente en la Revolución y su vida tiene el mismo temple violento y creativo que la de Vasconcelos u Orozco. Renato Leduc es un caso similar. Ramón Beteta nació en 1902 pero fue discípulo de la Generación de 1915. Dime con quien andas y te diré a qué Generación perteneces.

Aparte de la edad, la extranjería puede introducir discordancia en el esquema. Por su edad, Gunther Gerszo y Leonora Carrington pertenecen a la generación de los epígonos del muralismo. Pero su obra no tiene un solo punto de coincidencia con ellos: proviene de fuera. Algunos escritores provincianos retrasaron su integración a la vida cultural de la Ciudad de México y su temple lo denota: Juan José Arreola y Juan Rulfo. La obra de ambos cumple una importantísima función generacional, pero incide en el grupo, no parte de él. Hay, en fin, casos solitarios que, por donde se los mire, resultan únicos e inclasificables. Francisco Tario, Efrén Hernández y nuestro contemporáneo dieciochesco: Hugo Hiriart.

El Método de las Generaciones tiene una utilidad hermenéutica. Opera aislando, reduciendo la materia histórico-cultural a temperamentos y relaciones de familia. Es el método sicohistórico por excelencia. Dejando a un lado deliberadamente otras problemáticas, dejando incluso la apreciación de las obras, el generacionalista recoge los momentos en que los hombres hablan de sí mismos, sus lecturas, su identidad, de sus padres y sus hijos intelectuales. Su tema son las modas, sucesiones, vigencias, tensiones y parricidios. La cultura vista como genealogía. La familia cultural *in vitro*, o mejor, en el diván.

En teoría, el método se propone dos objetivos históricos. El primero es una personalización cultural: quién ha pertenecido adónde. Hasta por razones cuantitativas, un análisis semejante no cabe fácilmente en un ensayo sino en un libro. O quizá la solución perfecta sería más bien pictórica, algo similar al "Domingo en la Alameda" de Diego Rivera o a los murales del Prendes. Con todo, el esbozo que sigue pretende personalizar a la cultura, en especial a las dos primeras generaciones. Por piedad con el lector, cuando los listados onomásticos son excesivos se han mandado a las notas.

El segundo propósito es, en cierta forma, inverso: Construir cuatro "tipos ideales" a cuyo perfil se acercan los intelectuales mexicanos. No existe el "perfecto 1915" o el "1968 esencial". Hay rasgos que se comparten, perfi-

les más pronunciados, casos que se acercan al ideal. Ciertamente, las generaciones no son rígidamente homogéneas y vistas en el interior pueden estar constituidas por promociones (oleadas) o constelaciones centrífugas. Este caleidoscopio dificulta la construcción de "tipos ideales" pero no la imposibilita. Aquí se intenta en particular con las dos últimas generaciones.

El buen generacionalista debería lograr un efecto musical. Los temas pasan de una generación a otra en forma de fuga: idénticos y distintos. Deberían notarse efectos de difuminación — cuando los temas se diluyen —, irrupciones tempestuosas, interludios, voces solitarias, pasajes escarpados. Las páginas que siguen registran, pero no recrean, algunos de estos matices.

Las cuartillas siguientes son escasamente originales. El primero en utilizar *sistemáticamente* el "modelo" generacional de Ortega para la cultura mexicana ha sido don Wigberto Jiménez Moreno. El hallazgo de las cuatro estaciones en nuestra cultura es mérito suyo. Luis González ha empleado el método en sus libros más recientes y en uno inédito (*La ronda de las generaciones*); lo ha hecho con imaginación, discreción y un granito de escepticismo. El historiador colombiano Germán Posada lo emplea para toda la cultura latinoamericana. En fin, Carlos Monsiváis y José Emilio Pacheco utilizan a menudo el método de Ortega en sus escritos sobre literatura.

Resta una aclaración. No he pretendido estudiar exhaustivamente la vida cultural mexicana ni elaborar una nómina completa de sus exponentes. Lo que sigue es un esbozo, un lienzo, el borrador de un trabajo que requerirá mayor aliento. Mi enfoque es, reconozco, demasiado impresionista. También es limitado: omite casi toda mención a las ciencias, las disciplinas técnicas, la arqueología, la antropología, la medicina, la sicología, el derecho, y es muy superficial en lo que toca a las artes plásticas. Mucho de lo que aquí se sostiene es discutible, pero quizá la sección referente a la Generación de 1968 lo es más: en historia, por desgracia, quien es juez y parte se lleva la peor parte.

La Generación de 1915 (1891-1905)

Fundación y autognosis

La marca inicial de la Generación de 1915 fue haber contemplado la Revolución sin participar en ella, pero here dándola, a la postre, como único horizonte de interés y responsabilidad. Una generación que nace aislada del mundo exterior, sin maestros casi (el casi es Caso), muy poco libresca, y cuya vocación es reconstruir al país. No hay en ella, como lo hubo en la anterior, rechazo al orden porfiriano. Tampoco, por supuesto, al nuevo orden. Si para los ateneístas la Revolución resultó un torbellino que desquició sus vidas en el exilio y la derrota, para los jóvenes fue lo opuesto: un llamado, una oportunidad de ordenar, de actuar, de encauzar.

El vacío de los cuadros académicos, culturales, técnicos y políticos que dejó la tormenta, favoreció la incorporación de estos jóvenes a la vida pública. Su afán es "hacer algo por México". El año de iniciación: 1921. Mientras que sin desprenderse del estado mental de lucha, Vasconcelos discurre algo muy semejante a una cru-

zada educativa, los Siete Sabios y su secuela construyen casi todo desde cero: políticas hacendarias, el primer impuesto sobre la renta, leyes de protección obrera, revistas literarias de vanguardia, nuevos cursos y ediciones. Frente al despliegue de convicción, prefieren —padres prematuros— los límites de la responsabilidad. Buscan un saber inmediatamente aplicable a la vida y por eso llevan la palabra *Técnica* al grado de emblema. A la generación anterior le achacan muy pronto su improvisación, su desorden, su populismo sentimental, su romanticismo. Hay tres polémicas centrales que revelan el conflicto entre estas dos actitudes opuestas: la polémica privada entre Vasconcelos y Gómez Morín en torno a la política educativa en 1922 y a la oposición política en 1929: religión u organización. La de Antonio Caso con Ramos en 1928 sobre la práctica de la filosofía: sacerdocio o investigación. Y la más célebre de todas, en la que Lombardo quiso representar la ciencia marxista de su tiempo frente al supuesto irracionalismo místico de Caso. A ellas habría que agregar quizá la dilatada polémica artística entre Tamayo y los muralistas.

Son hombres de fé razonada, no de entusiasmo indeterminado. Desechan la "violencia creadora" que acuñó Vasconcelos: se quedan con la creación. Como nuevos misioneros dejan en México —y en algunos casos en América Latina— la huella de sus fundaciones. Su obra se despliega a lo largo de tres decenios (1920-1950) y tiene estribaciones que llegan casi a nuestros días. En los veinte fue esencialmente económica: leyes fiscales, crediticias, hacendarias; bancos oficiales (Banco de México, Banco Nacional de Crédito Agrícola); escuelas: econo-



Un fundador de 1915: Jesús Silva Herzog.

mía, bancaria, centrales agrícolas. En los treinta sigue la cosecha económica pero predomina la social y política (CGOCM, CTM), la académica (Universidad Obrera, Casa de España, INAH, El Colegio de México, Institutos de Investigaciones Sociales, Estéticas, Politécnico Nacional) y editorial (Fondo de Cultura Económica). Los cuarenta son el cenit de revistas (*Cuadernos Americanos*, *Combate*) editoriales (Jus, Polis) institutos (de Física, de Enfermedades Tropicales, Cardiología, Medicina Rural, Observatorio Nacional) partidos políticos (PAN, PP). En plenos cincuenta Cosío Villegas comenzó a fundar sus fábricas de historia. En los sesenta, un argentino coetáneo del 1915 — que había convivido con la generación en el año de iniciación — funda la Editorial Siglo XXI: Arnaldo Orfila.¹

La Generación de 1915 fue fundadora también en el ámbito de la docencia, la legislación social, la ideología y la crítica. El jacobinismo y el socialismo provenientes de la Revolución eran conceptos vagos y sentimentales en la Generación ateneísta y sus congéneres. Incluso los flamantes artículos 3, 27, 123 y 130 parecieron letra muerta por muchos años. Faltaba quien se atreviera a codificarlos. Esta labor de encauzamiento, orden y reglamentación correspondió a la Generación de 1915. Es Bassols en 1927 quien escribe su famoso artículo "Toda la tierra, y pronto", y elabora la ley agraria que sólo Cárdenas llegará a poner en práctica. Lombardo interviene muy activamente desde 1929 en la codificación de la Ley Federal del Trabajo. Es Bassols también, primero el crítico y en cierta forma el fundador de las modernas Juntas de Conciliación y Arbitraje. La Educación Socialista, con todo y su versión "racional y exacta del universo", es en buena medida obra intelectual de Erro, Bassols, Lombardo y dos furibundos michoacanos: Bremautz y Coria. Para la Generación de 1915 el marxismo no es un problema moral: es el nuevo cuerpo de axiomas al que había que ajustar la vida nacional. No una mecha revolucionaria sino un molde social. Incluso los afares moralizadores de Bassols y Silva Herzog en el gobierno se comprenden mejor a la luz de la tensión entre el temple ordenador del 1915 y el jacobino grupo anterior, que no conocía más que fiestas y balas.

En el campo ideológico Lombardo Toledano fue el gran fundador. Sus teorías sobre una ruta mexicana hacia el socialismo que pasase por el fortalecimiento estatal no fueron precisamente originales (eran tiempos de Frente Popular), pero lo cierto es que no han sido superadas por las siguientes generaciones de izquierda. Por otra parte, sigue vigente la crítica social, psicológica y moral de Silva Herzog, Ramos, Palacios Macedo, Bassols, Gómez Morín. Del fracaso de la Revolución Mexicana poco se ha dicho y se dirá que supere en claridad y profundidad al seco veredicto de Cosío Villegas en 1947: "La crisis de México". La crítica de estos hombres nace de una amarga contemplación del panorama nacional. Terminaron por sentir que las generaciones siguientes habían distorsionado o, peor aún, corrompido su obra.

De la generación anterior heredaron desde muy temprano el nacionalismo cultural, pero ya no para celebrarlo sino para examinarlo. Su momento deja de ser, como en Rivera u Orozco, de azoro, deslumbramiento, fiesta, floración, canto, intuición, catarsis, para volverse de búsqueda de sentido. Adviene la distancia, la inteligencia, el deseo de nombrar a las cosas, de profundizar

en ellas y distinguir las con claridad. Junto con la palabra *Fundación*, el término *Autognosis* (empleado por Samuel Ramos) los representa. De esta tarea se ocupan ensayistas, pintores, filósofos, antropólogos e historiadores, por caminos diversos. Cada escuela y etapa histórica cuenta con su historiador-fundador.² Una vertiente fructífera y profunda de la autognosis, la más representativa quizá, es la de los antropólogos (Gamio, M. Othón de Mendizábal) y arqueólogos (Alfonso Caso). El título de la obra de Gamio lo dice todo: *Forjando Patria*. Dos filósofos, Samuel Ramos y Jorge Cuesta, buscan la identidad mexicana por vías que se contraponen y complementan: el primero encuentra lo específico mexicano en el afán imitativo y el complejo de inferioridad. Su prédica: cribar en nuestra propia intimidad. El segundo cree ver en el desarraigo lo mexicano fundamental y nos invita a incorporar nuestras peculiaridades a una tradición más amplia. Mientras con Xavier Icaza, Gregorio López y Fuentes, Ermilo Abreu Gómez la novela incurre en un costumbrismo mexicanista (quizá porque había perdido el vigor, la sorpresa, el impulso crítico — en verdad antirrevolucionario — de Azuela y Martín Luis Guzmán), la pintura alcanza un límite en el empeño de autognosis: la obra de Rufino Tamayo. Ya no es la realidad exterior, la epopeya social o una inminente utopía lo que se plasma: es un subsuelo anterior, el fluir del mundo de los mitos y los sueños, el modo nuestro de la agresión, la ternura, la fiesta y la muerte. La obra de Rodolfo Usigli responde también a las dos motivaciones centrales de la generación: es un fundador del teatro moderno en México y, al mismo tiempo, uno de los más lúcidos espectadores (en el sentido orteguiano) de nuestras particularidades. Algo similar logra la música de Silvestre Revueltas y, por momentos, la de Carlos Chávez, fundador musical además de compositor. Del primero ha escrito Octavio Paz: "No amaba el desorden ni la bohemia. Por el contrario, era un espíritu ordenado, puntual, exacto".

Orden, depuración, rechazo a la improvisación. Si se piensa hasta qué grado estas palabras guiaron la actitud de un grupo extraordinario de poetas de la época, "Los Contemporáneos" (Novo, Villaurrutia, Cuesta, Pellicer, Gorostiza, Owen, Torres Bodet, González Rojo, Ortiz de Montellano, Nandino), se verá por qué, contra la leyenda, pertenecen orgánicamente a esta generación. Son la segunda promoción del 1915, una promoción esencialmente literaria y crítica que extrema el temple racional de los hermanos mayores hasta conducirlo a una pequeña lucha fratricida. Colaboran en la cruzada vasconceliana. Tienen el impulso fundador que despliegan en el ámbito de los usos culturales: fundan el primer cineclub, varias revistas literarias de vanguardia (*Falange*, *Ulises*, *Contemporáneos*), grupos teatrales, la crítica de artes plásticas, el periodismo cultural. Pero en los treinta, cuando la primera promoción introduce la educación socialista, la melcocha mexicanista y la rigidez ideológica, los hermanos menores se rebelan. Es la hora de Jorge Cuesta, un Julien Benda mexicano contra los clérigos Bassols, Lombardo y Cía. Salvador Novo escribe su "Lombardotoledanología". La lucha interna llega, por momentos, a extremos de persecución. Aunque los Contemporáneos descreyeron de la Revolución (como los técnicos del grupo descreían de la violencia), no dudan en colaborar con los regímenes a partir de 1940. Períodos especialmente dignos e imaginativos de la política

internacional (Gorostiza) y educativa de México (Torres Bodet), fueron inspirados por ellos. Tampoco su desarraigo cultural debe verse como una actitud antinacionalista: "Su afrancesamiento —ha escrito Octavio Paz— era la libre elección no de un particularismo (el francés) sino de un universalismo". Su excepcional obra literaria y, en especial, poética, no es, por supuesto, reducible a la circunstancia de cualquier índole, pero quizá pueda advertirse en ella un rasgo generacional precisamente en la voluntad de orden. De la vanguardia europea aceptan la vertiente de Valéry y Gide, no a Pound.

Finalmente, dos grupos nacidos en la misma zona de fechas tuvieron también un papel intelectual en México. El primero es mexicano: los estridentistas (Lizt Arzubide, Maples Arce, Arqueles Vela, Quintanilla). Parecería que su temple contradice el tono de orden y nos amanece. No es así. Representan, como los Contemporáneos, el impulso de vanguardia, si bien una vanguardia menos culta y lograda. En los treinta muchos de ellos se abandonaron a la marea marxista y mexicana con la misma certeza constructiva que sus coetáneos más renombrados.

El segundo grupo de quince vino de España a fines de los 30. A su llegada no sólo la Generación de 1915 estaba en plena madurez sino incluso la siguiente, la de 1929. De pronto, la sabiduría, prestigio y vitalidad de los españoles impuso a estos jóvenes varios lustros más de paciente aprendizaje. Gaos —antes que nadie— pero también Pedrosa y muchos otros maestros establecieron la civilizada hegemonía del 1915 sobre casi dos generaciones. La historia de los intelectuales y artistas transterrados todavía está —pese a algunos fríos intentos— por escribirse.¹

Tardará en llegar una generación que comprenda en sus propios términos a los hombres activos, ordenados, racionales, prácticos, inquisitivos, realistas de la Generación de 1915. Culturalmente, el momento actual no es de fundación y autoconocimiento, sino de violencia y dogma. Como aquél frente al cual los hombres de 1915 construyeron el edificio institucional que todavía habitamos.

La Generación de 1929 (1906-1920)

Rebelión e institucionalidad

En las aulas de los hombres del 1915, en sus fundaciones, esquemas ideológicos, impulsos artísticos y en el *ethos* construido como reacción y encauzamiento a una Revolución que contemplan sin participar, se incubaba una nueva generación que nació en la Revolución sin contemplarla. La primera hornada del orden nuevo. Hombres nacidos entre 1906 y 1920.

Una primera promoción de este grupo se identifica con los abuelos revolucionarios y rechaza la actitud racional de los padres fundadores. Cuando en 1923 Lombardo Toledano parece representar la lucha social y Vasconcelos la autoridad, están con Lombardo. Cuando en 1929 Lombardo es el *establishment* laboral callista y Vasconcelos la oposición, están con Vasconcelos (Salvador Azuela, Salazar Mallén). Hubiesen querido un girón siquiera de violencia que los acreditara ante el tribunal de la historia como auténticos revolucionarios. La alternativa en el callismo —una presidencia en virtual guerra

interior contra las azonadas y los Cristeros— no es defender al gobierno, pero tampoco a la reacción. A falta de las armas quedan las palabras armadas. Es la promoción de los campeones nacionales de oratoria (López Mateos, Brito Rosado, Gómez Arias, González Rubio) en los concursos de *El Universal*. Admiran a Soto y Gamma, al Maestro Caso y aun a los grandes oradores del huertismo como José María Lozano. Pero el gran guía desde el exilio es Vasconcelos, el abuelo intelectual cuya columna periodística leen, semana a semana, con la mayor devoción.

Antes del Vasconcelismo estallan los primeros conflictos con la Generación del 1915. Para la querrela generacional es significativo recordar que la huelga de 1929 se planteó contra dos miembros distinguidos del 15, Castro Leal y Bassols, por la introducción de un *orden elemental*: los reconocimientos trimestrales. Durante y después del Vasconcelismo los jóvenes enfilan su crítica contra los Siete Sabios achacándoles como carencias aquellas actitudes que los de 1915 veían, a su vez, como defectos o excesos en los revolucionarios: arrebato, heroísmo, misticismo, indeterminado espíritu de sacrificio. Los batallones orales del Vasconcelismo comenzaron a sentir que eran ellos y no los circunspectos maestros del 1915, los auténticos herederos de una Revolución traicionada.

Cuando sobreviene el auténtico sacrificio —los asesinatos de Topilejo y la muerte de Germán del Campo— la reverberación revolucionaria en el estudiantado se disuelve súbita y misteriosamente, como ocurriría en 1968. Los oradores descubren el verdadero sentido de sus discursos: las palabras perdidas. Pero ninguno de ellos duda del nuevo orden revolucionario en que ha nacido. Sus reparos se dirigen a los jerarcas, no a la Revolución. Acompañan a Vasconcelos hasta Guaymas. Después, los destinos y las ideas de estos jóvenes y su guía no vuelven a confluír. Desde los primeros años treinta los acoge tras su amplio manto la madre revolución, que poco a poco incorpora su voluntad, juventud y convicciones. Muchos prosperan de puesto en puesto hasta escalar los más altos. Son "Los Cachorros de la Revolución", la élite universitaria de amigos de Miguel Alemán y López Mateos que reinan en muchos ámbitos de México entre 1948 y 1970. La encarnación misma de la Revolución Institucional.

En su afán por identificar el progreso propio con el de la nación, algunos terminan por recordar a los Científicos del Porfiriato. Desarrollan un menor sentido crítico que los hombres del 1915 y buscan construir un país a imagen y semejanza de la clase media urbana en la que han vivido. Su proyecto nacional abandona las raíces agrarias de la Revolución y opta por una idea tardía de los fundadores del 15 (Eduardo Suárez, Gonzalo Robles): la de un México industrializado con el que sueñan por igual izquierdas y derechas. Antiguos vasconcelistas como Manuel Moreno Sánchez se vuelven ideólogos del nuevo progresismo mientras que una cohorte de economistas y abogados —no todos exvasconcelistas— lo vertebran legal y técnicamente. Todos son —o se han vuelto— pragmáticos, sistemáticos, progresistas, triunfalistas, keynesianos, industrialistas. Hay un inconfundible aire "científico" y tecnocrático de familia en la actitud de los abogados, economistas e ingenieros clave en la época (Carrillo Flores, Beteta, Bustamante, Germán Párra, Ortiz Mena, Orive Alba y un largo etcétera): habi-

tan, adaptan, importan, conservan, consolidan, expanden; no critican ni dudan. Incluso en Victor Manuel Villaseñor y Ricardo J. Zevada, hombres de relativa oposición, hay la admisión de ser hijos a perpetuidad, en formas y medidas distintas, de Lombardo y Bassols. La del 29 es una generación marcada por padres y abuelos titánicos, tiránicos. Su impulso fundamental nunca sale de las coordenadas de esa herencia. Si los del 15 fueron padres prematuros, los del 29 fueron hijos permanentes, pero hijos responsables sin cuya diligencia se habría perdido la fortuna familiar. No es casual que este grupo haya dado grandes arquitectos: artistas del habitar.⁴ Tampoco que hayan construido su espejo: una ciudad (mañana un país) universitaria. La actitud escultórica procrea, claro, algunos escultores (Goeritz, Canessi) y un espléndido museógrafo: Fernando Gamboa. En pocos géneros como en la pintura se revela esta disposición institucional. Su arte tiende a ser decorativo, monumental.⁵ De la innovación se pasa a la receta, aunque no faltan varios pintores y un fotógrafo (Alvarez Bravo) que con la misma materia mexicana intenten cosas nuevas (María Izquierdo, Ricardo Martínez, Cantú, Zalce, Soriano). El tono general es de ornato ¿No es algo similar lo que ocurre con el folclorismo musical clásico y con el boom cinematográfico? De Fuentes, hombre del 1915, inventó al charro mexicano. Los directores y fotógrafos cinematográficos del 29 (un Bustillo Oro —hay otros—, el Indio Fernández, Gabriel Figueroa) lo institucionalizan. Curiosamente, los monstruos sagrados del cine mexicano son todos de este grupo (Cantinflas, Jorge Negrete, Pedro Infante, María Félix, Dolores del Río). Incluso la

historia desciende al hieratismo: varios historiadores (Pérez Martínez, Dromundo) incurren en el género heroico: historia decorativa, escultórica. No toda la obra de estos autores institucionales es, por supuesto, derivada o de segundo orden. Su mexicanismo refleja también, por momentos, resortes auténticos de la vida del país. Un futuro e improbable resurgimiento del nacionalismo mexicano tendrá que reconsiderar el duro y acaso injusto veredicto actual para esa obra y esos autores.

El cultivo de la ciencia ofreció un campo abierto para construir una obra personal independiente. Por su propia naturaleza, era un ámbito que para progresar requería del relevo pacífico de generaciones. Los hombres de esta hornada llevan algunas disciplinas científicas y técnicas a niveles de excelencia internacional.⁶ Buena parte de ellos estudian en el extranjero, cosa que no habían podido hacer las generaciones anteriores. Siempre en instituciones oficiales (porque en México la iniciativa privada no invierte en cultura) los hombres del treinta desarrollan investigaciones que cuando no están ligadas a fines inmediatamente políticos logran resultados muy apreciables. Es otra faceta de la mentalidad institucional. Aparte de integrar la élite de la clase política por varias décadas, los juristas de los treinta ensanchan la labor del 15, reglamentan todos los territorios de la vida mexicana y desarrollan una vastísima obra de investigación, edición y docencia.⁷ Igual ocurre con la importante obra científica de sistematización, hermenéutica, crítica, exégesis, edición y docencia de los rigurosos historiadores de la generación formados en las aulas de Gaos, Gamio, Alfonso Caso, etc...⁸ La obra de científicos sociales como Victor Urquidí y José Iturriaga, lo mismo que los trabajos de José Luis Martínez y Antonio Acevedo Escobedo en la historia literaria, deben verse también como un capítulo importante en esta labor, ya no de descubrir a México sino de ejercer su paciente y riguroso inventario. El impulso científico permeó también a la filosofía. García Máynez abandona la búsqueda de una concepción personal del mundo e introduce rigor científico en el derecho, la axiología, la ética. Paralelamente, Antonio Gómez Robledo hace lo mismo con la Historia de la Filosofía y el Derecho Internacional. El neokantismo (Francisco Larroyo, Guillermo Héctor Rodríguez, Miguel Bueno, J.M. Terán Mata) quiso tecnificar un conocimiento que hasta entonces se entendía como un subgénero del ensayo literario. El mérito de su intento ha pasado desapercibido salvo para algunos filósofos analíticos que entendieron las razones de esta escuela cuyos frutos, es cierto, no estuvieron a la altura de su proyecto. No era fácil quizá despojar a la filosofía del dramatismo pedagógico de Caso o del impulso místico de Vasconcelos. Por lo demás, no hubo tiempo. Justo al inicio de su reinado los desplaza el nuevo sumo sacerdote de la filosofía mexicana, José Gaos, el transerrado fundador que se entregó a la filosofía con una devoción digna de Spinoza.

El historicismo de Gaos entona de inmediato con el impulso de autognosis proveniente de la Generación de 1915 y lo enriquece. A su derredor se abre una nueva vía: la historia del pensamiento mexicano. La institucionalización cultural de los cuarenta, impensable en la pobreza y turbulencia de los decenios anteriores, favorece un ánimo —y, hasta cierto punto, un bolsillo— reposado para contemplar los orígenes. Algunos cineastas sentimentales suspiran por los tiempos de don Porfirio, mien-



José Revueltas: "hay que sufrir ahora por los demás".

tras que en los círculos filosóficos se vuelve también al porfiriano, no para añorarlo sino para entenderlo. El regreso de Alfonso Reyes es un acontecimiento fundamental. Su presencia favorece el clima de conciliación cultural cuya expresión más acabada está en la revista *El Hijo Pródigo* (alianza de generaciones) y en el humanismo ateneísta de ese puerto de la cultura, que fue la Casa de España. Es Reyes quien se atreve en 1943, por primera vez, a recordar el "Pasado inmediato". Son los años de la obra de Zea sobre el positivismo; los de las primeras reconstrucciones e interpretaciones sobre la historia americana del propio Zea, O'Gorman, Zavala y de un mexicano en el exilio: Andrés Brouard. Es el canto del cine panamericano, herencia remota de Rodó y el Ateneo.

Como en el caso de la Generación de 1915, la del 29 tiene también una segunda promoción literaria y crítica que lleva a extremos el temple revolucionario inicial del 29. Todavía adolescente, participa casi simbólicamente en las huelgas del 29 y el Vasconcelismo. En 1930, cuando la fe de los oradores vasconcelistas vacila, la rebeldía de esta segunda promoción asciende y encuentra la novedad ideológica del siglo, la fe de los treinta, el marxismo. José Revueltas, Efraín Huerta, Octavio Paz, José Alvarado, Octavio Novaro, Enrique Ramírez y Ramírez y varios otros jóvenes, incluso algunos tráfugas del Vasconcelismo, esperan el inminente derrumbe del capitalismo y el arribo del milenio. La URSS es la tierra del futuro. Antonio Caso, su gran maestro en la Preparatoria, aconseja a Octavio Paz atemperar su extremismo: "Vea a Vicente Lombardo, por ejemplo. Es socialista pero también cristiano". (Faltaban tres años para la famosa polémica en la que Caso llamaría "renegado" a Lombardo) En la Librería Robredo la literatura rusa llena los escaparates. Cada uno escoge su arquetipo, no literario, vital: Ivan Karamazov, Stavrogin, Sacha Yeguilév, Bazarov. Se vive una atmósfera de pasión religiosa. La antropología filosófica (Scheler) remite en cada lectura a la condición final del hombre. Los autores de moda parecen predicar que no hay alternativa más que en los límites: Berdiaev, Landsberg, Chestov, Lawrence, Malraux, Ortega y Gasset. Todos llegan a través de la *Revista de Occidente* o, un poco después, de *Cruz y Raya*. Durante la guerra llegará el número mayor: Heidegger.

La trayectoria intelectual y artística de estos hombres puede verse como un ascenso en el que, paulatinamente, varios detienen su marcha, se inmovilizan. Muchos ejercen el "sacrificio intelectual" del que hablaba Weber, volviéndose conversos de una nueva fe que nunca podrán criticar. Son los "institucionales" del marxismo, tan conservadores como sus homólogos del PRI. Hay en algunos vocaciones revolucionarias auténticas, pero su militancia no garantiza, sino por el contrario, obstruye la vitalidad cultural. La LEAR es un ejemplo. Con algunas excepciones (De la Cabaña, Campobello, Leopoldo Méndez) sus exponentes no rebasan el horizonte creativo de la década anterior. Al arte le tiene sin cuidado la santidad.

Una salida práctica para algunos está en el periodismo. En él se encuentran con antiguos oradores vasconcelistas que no han perdido la indignación moral y civil del 29 proveniente, en última instancia, del maderismo. Estos miembros de la primera promoción insistirán por decenios en el recuerdo de un ideal democrático incumplido: la promesa política y moral de la Revolución. El

hombre representativo: Alejandro Gómez Arias. Los periodistas de la segunda promoción mantendrán una propuesta social típica de los treinta: el proyecto nacional y popular del cardenismo. Ejemplos distinguidos: José Alvarado, Fernando Benítez, Enrique Ramírez y Ramírez, Francisco Martínez de la Vega, Gastón García Cantú. Una revista representa puntualmente la confluencia de estos dos ríos paralelos cuyo origen remoto es el vasconcelismo: *Siempre!* Ahora mismo, la enorme mayoría de sus articulistas —haga cuentas el lector— son gentes de los treinta.

La literatura ofreció múltiples caminos de salvación intelectual. Un vasconcelista (Mauricio Magdaleno) retiene el impulso crítico del 29 y —última floración— renueva brevemente la novela de la Revolución. (Con el recuerdo revolucionario, en su momento, Elena Garro hará más: una transfiguración.) El cine, fue también, excepcionalmente, un vehículo efectivo de una crítica social muy acorde con el espíritu vasconcelista (el propio M. Magdaleno, Julio Bracho). Una cohorte opta por el género intelectualmente fácil pero no exento de compromiso y —a veces— de drama biográfico, de la literatura proletaria (discípulos de Mancisidor, fundadores de *Ruta*; Turrent Rozas). Para su fortuna literaria, algunos se rezagan en provincia. Henestrosa y De la Cabaña recogen y transforman el mundo indígena de Oaxaca y Campeche. Del Occidente, donde perdura la huella de la Cristiada, llegan Yáñez, Rulfo y, más tarde, Arriola. Su mirada fresca sorprende y deslumina a la generación, entre otras cosas porque prueba el grado en que le era ya ajeno el mundo campesino. ¿Dónde clasificar a Efrén Hernández y Neftalí Beltrán? ¿O a las poetas de la generación: Margarita Michelena, Pita Amor, Carmen Toscano? Tan difícil como a Francisco Tario. Manuel Ponce introduce la vanguardia en un terreno inusitado: la poesía católica. Unos poetas mueren prematuramente (Vega Albelá, Quintero Álvarez) o abandonan la poesía (Solana, López Malo). Los poetas jóvenes (Chumacero, Calvillo, González Durán) se refugian en una poesía hermética y personal. Vuelven a la tradición ascética, en lo social, de los Contemporáneos. Es, en cierta forma, su reacción profunda contra la pasión política e ideológica de los treinta y el anuncio de la generación siguiente.

Muy pocos escritores lograron mantener el ascenso a partir de la tensión política y poética de los años treinta. Octavio Paz ha recordado sus palabras claves: visión, subversión, religión, revelación. "Para nosotros —escribe Paz— la actividad poética y la revolucionaria se confundían y eran lo mismo". Palabras y actitudes ajenas y aun contrarias a los Contemporáneos, padres intelectuales que en lo político rechazan pero que culturalmente continúan a través de la fundación de espléndidas revistas literarias (*Barandal*, *Cuadernos del Valle de México*, *Taller poético*, *Taller*) y la defensa de la libertad intelectual y artística contra el realismo-socialista. Un poeta y crítico fundamental es el eslabón entre estos jóvenes y los Contemporáneos: Luis Cardoza y Aragón.

Los incita el mismo demonio que no abandonaría a Sartre, Aragón, Orwell, Silone, Breton, Spender, Auden. Practican el periodismo doctrinario; apoyan con su pluma y, cuando pueden, con su presencia, a la República Española. Cuando se pierde la guerra española acogen a los escritores en el exilio y junto con ellos fundan revistas, seminarios, editoriales y tertulias. Salvo en los as-

pectos culturales y educativos, están entusiastamente con Cárdenas. Su apoyo al régimen no es sólo verbal: viajan al campo y fundan escuelas para obreros y campesinos. Tres nombres destacan: Efraín Huerta, Octavio Paz, José Revueltas.

De distinto modo —uno como calvario, otro como aventura y conquista intelectual— Revueltas y Paz, ambos nacidos en 1914, reencarnan la vieja tradición romántica que entevera vida y literatura. Revueltas lee a Dostoievsky en la prisión. Para Octavio Paz es un cristiano primitivo y sus cartas desde las Islas Marías en 1938 lo confirman: "Necesitamos vivir en medio de la exaltación y el sufrimiento —le escribe a su hermano Silvestre—. Hay que sufrir ahora por los demás". Ya no se trata, como en el caso de los primeros vasconcelistas, de volver a la tradición revolucionaria con proclamas o piezas oratorias. Se trata ahora de encarnar la revolución no sólo mexicana sino mundial y de asumir el marxismo no como molde legal sino como problema ético. En el lento trayecto de su calvario, su obra encuentra y recobra lo que buscaba: el rostro mexicano del dolor y la muerte. En el arte, sólo Tamayo había llegado y Ruflo llegaría a provincias paralelas. Límites en el proceso del conocimiento mexicano.

Otro escritor llegó también: Octavio Paz. En su vida familiar confluyen, se intersectan y luchan poderosas corrientes de la vida mexicana: la rebeldía liberal y la convicción porfiriana de su abuelo; el anarquismo zapatista del padre; la tradición moral española. Siglos mexicanos en una biografía. Generacionalmente, la vida de Paz representa el momento de mayor tensión ideológica y moral en este siglo. Como los más fieles vasconcelistas, Paz vuelve a la tradición revolucionaria pero de nuevo, como Revueltas, no para detenerse en la querrela ética o civil sino para inscribirla en la nueva esperanza de solidaridad humana que anuncian los años treinta. Del dogma lo rescata su vena anarquista y, claro, el genio poético. También su contacto con los Contemporáneos, muy especialmente con Villaurrutia, Gorostiza y Cuesta, devotos de otro demonio: la inteligencia. En las polémicas centrales de esos años (arte libre y arte comprometido; stalinismo-trotskismo; comunismo-anarquismo) Paz interviene sin subordinar la literatura al poder. El y Revueltas son los únicos que se han propuesto no detener nunca la crítica. Por eso son los primeros en condenar al estalinismo y en sufrir las purgas autóctonas. Pero lo que Paz rechaza es el dogma, no la esperanza: "Quien ha visto la Esperanza —escribiría años después— no la olvida. La busca bajo todos los cielos y entre todos los hombres. Y sueña que un día va a encontrarla de nuevo, no sabe dónde, acaso entre los suyos".

Por momentos la ha encontrado entre los suyos. ¿Cómo no ver en su amoroso reconocimiento de tantos escritores y artistas mexicanos anteriores a él, contemporáneos y posteriores, una expresión más del impulso de su generación a inventariar —a cosechar, así sean peras del olmo— lo que México ha logrado? Y si de generaciones que encarnan en una vida se trata, Paz continúa el afán fundador de 1915 en sus dos facetas: es el iniciador de varias revistas literarias y críticas, y lleva el empeño de autogénesis a un nuevo linde en *El laberinto de la soledad*.

Como iniciadora del nuevo ciclo, la Generación de 1915 había tenido una clara unidad de propósito y un

destino lineal. La querrela de las dos promociones del 15 con el apasionado grupo anterior fue idéntica: orden frente a la improvisación. Las diferencias internas son casi de matiz y sólo llegan a la guerra cuando el matiz es la educación socialista. La Generación del 29, en cambio, tuvo un destino más paradójico. El temple original de sus dos promociones fue rebelde o revolucionario. Pero ya sea en el Vasconcelismo o en la más dilatada rebeldía ideológica y social de los años treinta, esta identificación con los abuelos los condujo al reverso de la revolución: la institución. Heidegger decía que el hombre no puede adelantarse a su propia sombra. Los del 29 fueron los primogénitos de la Revolución. Imposible negarla o siquiera criticarla. Culturalmente, cabía aprovechar la estabilidad. Fue el camino que por fortuna eligieron los científicos sin comillas del 29. Políticamente, restaba sólo asumirse como herederos y dedicarse a administrar la casa con un sentido pragmático, o mantener una chispa de rebeldía en un marco de rápida institucionalización. Para los pintores del 29, mantener la chispa no fue un acto de innovación sino de fidelidad con el muralismo, y así ocurrió en otras provincias culturales. Para otros, mantener la chispa equivalió a insertarse en la férrea estructura política e ideológica del estalinismo o en la más benigna pero no menos avasalladora de la institucionalidad lombardista. Por fuera de ese múltiple tentáculo institucional los márgenes fueron estrechos. Felizmente, algunos periodistas y escritores independientes asumieron la inquietud de los tiempos en forma individual, a veces como rebeldía estética, otras como rebeldía política. El premio a su perseverancia crítica está en su obra personal.

La posteridad llegó pronto para esta generación y su veredicto fue severo. Cuidándose de no rebasar la sombra ancestral de los clásicos padres del 15 o los románticos abuelos del Ateneo, los revolucionario-institucionales del 29 contribuyeron como auténticos "intelectuales orgánicos" (en el sentido gramsciano) a consolidar, legitimar e incluso a encarnar el sistema mexicano. Pero su pecado fue el optimismo. El no haber vivido o contemplado la Revolución condicionó su ceguera ante la vertiente agraria y social del pasado inmediato. Los mejores hombres del 15 protestan desde los años cuarenta por los olvidos y las distorsiones. Es el caso, por ejemplo, de las diferencias de Cosío Villegas y Palacios Macedo con la política industrial y financiera de Carrillo Flores. O también, en gran medida, la filosofía inicial del Partido Popular: volver a las raíces. Pero no serían los fundadores del 15 sino los jóvenes escépticos de la Generación de Medio Siglo quienes cobrarían con creces la hipoteca.

La perspectiva actual tiene menos simpatías que diferencias con los hombres del 29. Como en el caso de la Generación de 1915, y por motivos similares, los vientos de hoy no favorecen el aprecio por temperamentos institucionales o conservadores. La extraordinaria labor consolidadora de muchos hombres del 29 —continuación imprescindible de la obra del 15— parece mínima o inútil a una mirada como la actual, que duda de los fundamentos mismos de toda la obra. Por lo demás, comparada con los fervores de hoy, la propuesta democrática de la generación parece inocentemente "reformista". No lo fue. La autonomía universitaria es una deuda nacional con ellos.

El arte marmóreo, la literatura escultórica y otros géneros afines fueron liquidados por la piqueta de la generación siguiente o, peor aún, por el olvido. La corriente científica del grupo ha corrido con mejor suerte: hay una clara continuidad y reconocimiento de los trabajos jurídicos, filosóficos, históricos y científicos en las camadas siguientes. Pero quizá el arco generacional más interesante es el que se dio entre los jóvenes revolucionarios del 68 y los escritores del 29 que conservaron su independencia. Los guías o ideólogos del movimiento no fueron los padres o maestros intelectuales. Fue un abuelo: José Revueltas. La renuncia de Octavio Paz significó también un acto de solidaridad entre dos generaciones. Y la tensión persiste en el desencuentro del propio Paz con la generación de 1968. Los parciales no se intentan con figuras ajenas: sólo con las legítimas.

La Generación de Medio Siglo (1921 - 1935)

Crítica y cosmopolitismo

El contorno de las generaciones se oscurece a medida en que la mirada se acerca al momento actual. Las dos que siguen en el ciclo se encuentran, respectivamente, en su cenit y su ascenso. Son generaciones vivas y actuantes por lo que historiarlas, en rigor, es imposible. Pero de lo que se trata aquí es de arriesgar un perfil no un veredicto. Ciertas tendencias en el temple de cada una parecen definitivas. La cámara enfoca, más borrosamente, los últimos treinta años.

La generación de los nacidos entre 1921 y 1935, bautizada por Wigberto Jiménez Moreno como "Generación de Medio Siglo", es la más heterogénea de las cuatro que integran el ciclo. El "primal scream" de su promoción inicial es un *no* atemperado: en octubre de 1945 organizan un Congreso de Crítica de la Revolución Mexicana. La mayoría había adquirido conciencia pública durante el Cardenismo, y participa de la pasión nacionalista, ideológica y social que en los años treinta se desplaza, con creciente intensidad y radicalismo, a la Universidad Nacional. Pero la guerra y la bomba atómica enfrían todo entusiasmo. De esa experiencia los jóvenes extraen incertidumbre, escepticismo, un sentido de fatalidad y un temple crítico permanente. Con ellos comienza la duda: ¿Ha muerto la Revolución Mexicana?

En el Congreso, ninguno contesta afirmativamente. La respuesta general es un: *no*, pero... José Rogelio Alvarez (Presidente del Congreso), se refiere a la inmoralidad, la insatisfacción de las necesidades materiales, el analfabetismo, la confusión ideológica. Jaime García Terrés y Emilio Uranga desacreditan, en una ponencia brillante escrita desde la izquierda universitaria, a la Educación dogmática. El resultado final no es un replanteamiento de las tesis revolucionarias (incluyendo la novísima y antiagraria política industrial) sino un recuento de promesas incumplidas. En 1947, algunos jóvenes se incorporan al Partido Popular. Otros se integran al proyecto estatal aunque siempre con un cierto sentido crítico que incomoda a los políticos profesionales (Ejemplo: Benjamín Retchkiman). Dos intelectuales ilustran —cada uno a su modo— este momento de transición de una mentalidad institucional a una crítica; Juan F. Noyola y Jesús Reyes Heróles. En el Congreso, Noyola —estudiante de El Colegio de México— reclama un mayor im-

pulso en la socialización del reparto agrario. Por años ejerce su carrera de economista en la CEPAL hasta que la Revolución Cubana cambia su vida. En Cuba, Noyola se convierte en uno de los cerebros económicos de Castro: crea instituciones, participa en planes, asesora a ministros, dirige la Escuela de Economía. Al morir en un accidente en 1962 se le declara Mártir de la Revolución Cubana. El caso de Reyes Heróles, muy distinto, no es menos paradójico. A él se deben dos puntales mayores de legitimización estatal: su tesis sobre la continuidad del liberalismo y la actual reforma política. Sin embargo, —más liberal que institucional—, Reyes Heróles se encuentra finalmente lejos del príncipe.

Durante el régimen de Alemán la generación paga sus últimos tributos al nacionalismo revolucionario. Influidos aún por la prédica historicista de Gaos y a través de categorías de análisis provenientes de las filosofías de moda (Fenomenología, Existencialismo) los jóvenes prolongan y culminan el proceso de autognosis que había durado ya el largo trecho de 30 años. Los historiadores buscan actitudes y estados mentales: Luis Villoro analiza las etapas del indigenismo y las actitudes históricas en la Independencia; Luis González estudia el optimismo como factor en el movimiento independiente; Pablo González Casanova escribe *El Misonelismo y la Modernidad Cristiana en el Siglo XVIII en México*. Con el Grupo Hiperión (Villoro, Zea, Uranga, Portilla, Guerra, McGregor) la filosofía sale a la calle y disecta la vida cotidiana. Jorge Portilla escribe su *Fenomenología del Relajo*. Emilio Uranga encuentra lo esencial mexicano en la



Luis Villoro: claridad y profesionalismo.

accidentalidad, la fragilidad, la pena y la zozobra. A principio de los cincuenta los más lúcidos concluyen que el proceso corría el riesgo de varar en ensimismamiento, en solipsismo: era preciso abrirse hacia una comunidad más amplia; romper, según la frase del pintor José Luis Cuevas, "la cortina de nopal".

Lo cierto es que fisuras apuntaron en la cortina desde la llegada de los transterrados. Manuel Pedrosa, maestro de varias promociones en la Escuela de Derecho, abría horizontes literarios y filosóficos. La revista *El Hijo Pródigo* había reaccionado de modo amable pero firme contra el iberoamericanismo de *Cuadernos Americanos*. El catálogo de ciencias sociales y humanas del Fondo de Cultura Económica fue una ventana abierta a Europa. La propia guerra, en fin, y desde luego su secuela de polarización, introdujeron esquemas intelectuales más cosmopolitas.

Otro factor condujo al crepúsculo nacionalista: el dinero. Las instituciones culturales (UNAM, El Colegio de México) comienzan a promover la investigación, edición y difusión de la cultura —no sólo la docencia— y para formar cuadros académicos financian largas y hermosas temporadas en París. Don Alfonso Reyes —el mecenas mayor y más generoso, gran cosmopolita con la X en la frente— aconseja a Luis González: huya de las bibliotecas, no se pierda el Lido. Muchos siguen la receta pero sin desatender otros espectáculos: los historiadores escuchan a Braudel; los filósofos a Sartre, Merleau Ponty, Camus; los sociólogos a Gurvitch. Este aireo los separa de las generaciones anteriores. Además de México y América existe el mundo. Ortega empieza a aburrirlos. No se reconocen ya en *Cuadernos Americanos*. Sartre es quien está *up to date* y con él transitan del existencialismo al marxismo, que por primera vez se imparte en la academia. La propuesta de una libertad filosófica y literaria radical (Breton, Camus) los convence menos que una crítica social y un compromiso político con las luchas populares y anticoloniales. Aron y *El opio de los intelectuales* les pasa desapercibido.

De vuelta a México los acoge la institución clave en la cultura a partir de 1950: la UNAM. Por primera vez el intelectual puede dedicarse profesionalmente a su disciplina sin sacrificar tiempo a la burocracia, el periodismo, la abogacía, la diplomacia. Además de sueldo, cubículo, seguridad, prestaciones, público cautivo, etc., la UNAM empleó mano de obra intelectual en su Imprenta y, de modo creciente, en su riquísima labor de Difusión Cultural. Muchas innovaciones culturales fueron viables económicamente. La cultura se institucionalizó.

Una de esas innovaciones viables es la crítica. A pesar de que el mercado de libros es aún increíblemente exiguo (en 1955, según estimaciones de Gabriel Zaid, 5 000 personas compran libros regularmente, de una población total de 30 millones) el ascenso de la clase media urbana favorece, incluso económicamente, el auge de una literatura (Spota, Fuentes) y, en general, de una cultura, crítica. La nueva literatura —escribe Carlos Fuentes— "opone el lenguaje de la pasión, de la convicción, del riesgo y de la duda a un lenguaje: el secuestrado por el poder para dar cimiento a una retórica del conformismo y del engaño".

Si los primeros exponentes de la generación conservaban cierta devoción institucional, los siguientes la perdieron. Su temple es otro: burlesco, ácido, irreverente,

insatisfecho. Nada parece engañarlos. Políticamente, su blanco principal es el hieratismo de los Cachorros de la Revolución. No analizan; señalan. Exhiben la ostentación de la burguesía, la corrupción administrativa, la enajenación de los medios de comunicación, la mentira de la prensa, el charrismo, la farsa del discurso oficial, el saqueo alemánista, el desarrollismo sin justicia social. Su crítica nace más de un temple inconforme que de una dolorosa sensación de pérdida como es el caso de la crítica que por esos años despliegan los hombres del 15. El mayor exponente de esta actitud es quizá Carlos Fuentes. Un poema representativo: "El presidente" de Jorge Hernández Campos.

Política e intelectualmente la Revolución Cubana fue un acontecimiento decisivo en la historia de esta generación. El nacionalismo cultural se había diluido pero seguía siendo un tema de fondo en la novelística, la historia, las preocupaciones filosóficas e incluso en la poesía. Cuba pareció rebasar históricamente a México justo el año en que mueren Reyes y Vasconcelos: 1959. Uno de sus exponentes concebía a la Revolución Cubana como una síntesis de "todos los movimientos sociales latinoamericanos, desde Bolívar hasta Zapata". Este suceso entona con los viejísimo agravios inflingidos por los Estados Unidos, con el endurecimiento del régimen frente a las organizaciones obreras y una pobreza campesina cada vez más evidente; y mientras el gobierno celebra los cincuenta años de Revolución, con la perspectiva de Cuba algunos intelectuales jóvenes sostienen que México vive apenas una seudorevolución. Otros ven en la defensa de la Revolución Cubana la forma mejor de defender a la auténtica revolución mexicana, de ahí su acercamiento a Lázaro Cárdenas. La década de los sesenta presencia una continua radicalización del grupo (Flores Olea, González Pedrero, Villoro, López Cámara) hacia la izquierda, al grado en que algunos intentan, sin éxito, constituir una agrupación política independiente: el M.L.N. Sus revistas literarias dan fe de este cambio: de la *Revista Mexicana de Literatura* (todavía serena, y partidaria de una "tercera vía" ajena al capitalismo y al comunismo, en los *gay fifties*) al *Espectador*, que presagia todas las tormentas de los sesenta.

Conciben su papel ligado orgánicamente a los movimientos populares. Interpretan que su deber es expresar con claridad y pasión, las necesidades del pueblo. Carlos Fuentes ha sintetizado su programa:

México debe completar, a partir de la actualidad, la etapa revolucionaria incumplida; México no puede aplazar más, sino tratar de resolver democráticamente, los problemas populares de hoy. Sólo la conjunción de la democracia política y de la justicia económica pueden lograr una mejor distribución del ingreso nacional, en la actualidad modelo de injusticia. Y este fin último, requiere a su vez, una política exterior independiente; la reafirmación —con actos concretos, no con palabras— de la reforma agraria; la limitación de los intereses de la burguesía y su sometimiento a tareas de beneficio común; la defensa de nuestros recursos naturales; la formulación de un programa inteligente de educación popular; y la planificación económica a largo plazo, públicamente expresada y vigilada.

El movimiento estudiantil los tomó por sorpresa. Nada más difícil que su posición. Simpatizaban con el

movimiento pero sabían que llevado a extremos podía conducir a la desaparición de la Universidad. Enrique González Pedrero advierte en 68 la posible "sudamericanización de la Universidad". La defensa universitaria de los rectores Pablo González Casanova, Guillermo Soboron y Fernando Salmerón (en la UAM) representa capítulos posteriores del mismo dilema. Pero la verdadera crisis ocurrió dos años después, cuando llegó al poder un miembro mayor de la generación, participante en aquel Congreso de 1945: Luis Echeverría. Su programa es muy cercano al resumido por Fuentes. En el fondo, no se trata sino del viejo proyecto cardenista o, en sus extremos, de un proyecto socialista que evitase el tránsito por una etapa violenta. Sin saberlo o sin reconocerlo, la generación de Medio Siglo seguía las ideas de Vicente Lombardo Toledano. ¿Qué hacer cuando el poder se vuelve "bueno"? Por convencimiento sincero, no por oportunismo: integrarse. Una generación crítica decide poner sus mejores armas al servicio del Estado en lugar de conservar y promover el espacio crítico. Un resultado: con el golpe al *Excelsior* de Julio Scherer —foro natural y hogar de todos estos intelectuales— el Ejecutivo expropió la crítica.

La costosa experiencia de incorporación al régimen echeverrista ha provocado desorientación, querellas internas, silencio. Algunos recobran lentamente su distancia crítica y su voz. La mayoría permanece a la expectativa: no hay que olvidar que desde 1970 y —si el cuadro no cambia— por dos sexenios más, el personal político de la Generación de Medio Siglo estará en el candelero. Pero se advierte en ellos una cierta fatiga, como si los caminos de la crítica fuesen menos claros que en los sesentas. ¿Por qué?

Una clave de este agotamiento está en la distancia histórica de la generación con respecto a la Revolución Mexicana. Urbanos en su mayoría, originarios de la clase media y del México moderno e institucional, su huella inicial es haber nacido a la vida pública cuando los afanes profundos de la Revolución se habían olvidado. De la guerra, México salió claramente inserto en el contexto internacional. En este sentido nada más saludable y natural que abrir horizontes y viajar fuera del país. Pero no por rasgar la cortina se acababan los nopales. En ese movimiento de apertura, muchos miembros de la generación se alejaron aún más de la realidad social mexicana. El mundo campesino y aún el del obrero de la ciudad les era infinitamente más ajeno que a intelectuales de generaciones anteriores como Marte R. Gómez, Rulfo, Lombardo o Revueltas. ¿Qué podía significar para ellos la Reforma Agraria o el Artículo 123? Códigos venerables pisoteados por la corrupción. La fatalidad histórica separaba a la generación del subsuelo social. A esta distancia había que agregar otra, la profesional. Por muchos años, los jóvenes de Medio Siglo vivieron —y han seguido viviendo— en el claustro académico universitario, sin contacto cotidiano con la práctica política o económica en el Estado o la iniciativa privada. Al parecer, para ellos nada había que fundar o administrar fuera de la Academia. Cabía observar y criticar lo que ocurría fuera.

Pero ¿criticar desde qué premisas vitales? ¿criticar desde qué repertorio de experiencias? Mediaba una distancia histórica entre ellos y los afanes nacionalistas de 1910

a 1950. Había también distancias geográficas, intelectuales, de clase, de sensibilidad y profesión. Lejanía vital. La única crítica posible fue una crítica *externa*. Nunca un desinterés, sino el hábito de juzgar las cosas de México desde fuera, desde otras realidades, otros esquemas teóricos, otras utopías. Ciertamente, la objetividad sin distancia es imposible. Pero el riesgo de la distancia es el extrañamiento.

Por otra parte, tampoco la Generación de Medio Siglo podía rebasar su sombra ancestral. Aunque nació lejos de la Revolución y sin contacto vital con ella, siguió dentro de sus esquemas. Esta condición de nietos desmemoriados pero legítimos favoreció el sentido predominantemente moral de su crítica. No dudan de los fundamentos: denuncian las desviaciones. O, en el otro extremo, proponen un cambio total de estructuras. Muy pocos escapan a esta múltiple dificultad de perspectiva, pero cuando aplican sus instrumentos teóricos y su experiencia práctica por fuera de la academia a la tarea de leer la realidad mexicana —sobre todo la del campo— en sus propios términos, logran finalmente dibujar un auténtico proyecto mexicano. Tres ejemplos recientes: *El progreso improductivo* de Gabriel Zaid; *La riqueza de la pobreza* de Enrique González Pedrero y *Alternativas para el desarrollo* de Leopoldo Solís.

Hay una paradoja final en el destino de estos intelectuales. Es también una oportunidad. Padenen íntimamente el cruce de dos corrientes contradictorias: su temple crítico y su incapacidad para ejercer la crítica del Estado. En este conflicto no están solos. Es el dilema que ahora mismo debate la izquierda europea. El horizonte cosmopolita que siempre ha caracterizado al grupo debiera orillar una participación mexicana en esa discusión. Se trata de uno de los temas centrales de nuestro tiempo. ¿Por qué el socialismo real ha conducido al totalitarismo? ¿Cómo conciliar reforma social y libertad individual? Por ahí apunta, quizá, la contribución que México requiere de la más crítica y preparada de sus generaciones contemporáneas.

Pero si su destino político es todavía incierto, a la Generación de Medio Siglo se debe una inmensa obra cultural, sin precedentes en la historia contemporánea. El cosmopolitismo pudo restar profundidad a su visión histórica pero enriqueció su labor cultural. La naturaleza de sus proyectos semeja más una constelación de esfuerzos individuales que un afán generacional. (De las cuatro del ciclo es la más plural). Cada rama de la cultura occidental moderna ha tenido desde entonces su representante mexicano. El intento de apropiación cultural de Vasconcelos, Reyes y Paz lo desarrolla —más pausadamente— toda una generación. Los escritores conquistados, adoptan, habitan, transforman otras tradiciones. La lista de temas, influencia y técnicas literarias que los escritores mexicanos asimilan y recrean sería inmensa y el fenómeno se repite en otras provincias. En filosofía, la generación introdujo pulcritud lógica, hondura, rigor, profesionalismo. Con Fernando Salmerón, Luis Villoro, Ramón Xirau, Alejandro Rossi —para mencionar sólo a unos cuantos— la filosofía abandona las visiones totalizadoras, la prédica y la fantasía, para aplicarse al deslinde crítico de problemas y

seudoproblemas. Es una lástima que no hayan formado —con la excepción dolorosa de Hugo Margáin— discípulos a su altura. En fin, la historia debió padecer particularmente el desarraigo generacional, pero no sucedió así como prueban dos casos: Miguel León Portilla, cuya obra sobre el México precolombino es reconocida mundialmente, y Luis González que sin perder la X en la frente, asimiló a Braudel, Bloch y la Escuela de los Annales; el resultado fue *Pueblo en vilo*, historia universal de una pequeña comunidad, intrascendente pero típica.¹⁰

La apertura de nuevos ámbitos fue también fruto del cosmopolitismo. La Generación cuenta con lingüistas y demógrafos de primer orden.¹¹ Hay una continuidad evidente y una ampliación de la obra de los científicos sin comillas del 29 (juristas, historiadores, biólogos, físicos, matemáticos). En las Artes Plásticas el *boom* que introduce la generación —sobre todo en los pintores nacidos entre 1930 y 1935— impresiona por el abanico de sus tendencias y el éxito internacional que alcanzan.¹² El teatro no se queda atrás en inventiva y talento.¹³ Tampoco, por supuesto, la poesía. Nuevos y viejos temas del destino individual: la condición femenina, la muerte, la soledad, el amor, la fé, tratados por conciencias acaso más desoladas que las de los Contemporáneos.¹⁴

A los economistas de Medio Siglo cabría reprocharles su especialización: han sido más gerentes públicos que intelectuales de la economía. A los politólogos su agrafia. Con los sociólogos el reproche es otro: haber roto el difícil equilibrio de sus primeros libros, el equilibrio entre la fundamentación empírica y el compromiso ideológico. Pero al activo de los científicos sociales hay que abonar su profesionalismo, su fructífera labor académica y su permanente sentido crítico.¹⁵

¿La posteridad? Aunque no ha llegado para la Generación de Medio Siglo, el horizonte no es claro. Con todo lo importante que ha sido, su obra cultural corre peligros

de incomprensión e indiferencia al insertarse en un contexto nuevo: el de la burocratización académica. En la arena cultural son ellos quienes guardan el doble as de la crítica y el conocimiento, pero es un as que no utilizan como debieran. Hacerlo con mayor frecuencia y decisión sería, finalmente, un homenaje a Sartre que también, en su momento, advirtió los peligros de la militancia cultural.

La Generación de 1968 (1936 - 1950)

Militancia o conocimiento

Hay décadas platónicas y décadas aristotélicas. Los sesenta, como los treinta, son platónicos. Buscan la unidad, la totalidad, lo homogéneo, la revolución, la utopía. La marca de los treinta es inconfundible y transaccional, sus representantes tienen todos un aire de familia. Lo mismo ocurre en los sesenta: los exponentes de la *New Left* norteamericana tienen su contraparte en París, Berlín, Londres y México. No es casual que sean estas dos generaciones las que con mayor frecuencia utilizan la palabra "generación" para designarse.

En los sesenta nos llegó, como a todo el mundo occidental, la liberación sexual, nacional, política; la militancia estudiantil, las drogas, el hipismo, la contracultura. Pero el sentido de esta comunidad internacional es distinto al que vivió la Generación de Medio Siglo. Lo que se compartía en los sesenta no era una aventura o una conquista sino una negatividad, una cultura de protesta contra la Sociedad Industrial. Inversamente a la de Medio Siglo, la Generación del 68 nace a la vida pública en un momento defensivo, de cerrazón y clausura. El *mea culpa* de Sartre en su prólogo a Fanon es el aval perfecto para desacreditar a la cultura occidental. Marcuse —el nuevo numen— recordaría una frase equivalente de Walter Benjamin: "Sólo gracias a aquellos que no tienen esperanza, nos es dada la esperanza". México y Latinoamérica no tienen esperanza pero son, al mismo tiempo, semillas de la futura liberación. El resultado de esta nueva fe es, en cierta forma, una recaída. La cultura mexicana vuelve a entrar en un periodo de inmersión.

Una expresión literaria de este proceso está en "la onda", literatura que asume la vida citadina más sórdidamente que la generación anterior. Otra variante literaria está en el grupo "La espiga amotinada" que propone una poesía social y de protesta. Aunque la Generación de Medio Siglo despliega su mundo de Happenings, teatro experimental, ediciones vanguardistas, revistas literarias que recogen la tradición de *Contemporáneos* y *Taller*, y en fin, en el vivaz suplemento que acaudilla Fernando Benítez en *Siempre!*, la nueva generación desdeña el cosmopolitismo. Salir de México ha pasado de moda. En su autobiografía escrita a mediados de los sesenta, Carlos Monsiváis se ufana —casi— de no conocer Europa.

Si los hombres de Medio Siglo viven aún dentro de los esquemas de la Revolución Mexicana, los jóvenes de los sesenta la ven como un fósil antediluviano. No les interesa indagar si a pesar de todo se mueve. Saben que no. Casi nacen en esa convicción, pero el autoritarismo del régimen los acaba de convencer. Cuando en 1965 Díaz Ordaz expropia, de hecho, el Fondo de Cultura Económica, la Generación de Medio Siglo —con Orfila, un hombre del 1915, a la cabeza —pone casa aparte y funda



10 de Junio de 1971 en el Auditorio Justo Sierra. Querrela de generacion:es: junto a dos juvenes del 68, de izquierda a derecha, Carlos Fuentes, Victor Flores Orea, Octavio Paz y José Alvarado. La consigna en la pared rezaba: "No dibujen las letras, ¡vivanlas!".

Siglo XXI. Su público lector es la Generación del 68. El catálogo de publicaciones de Siglo XXI, extraído en gran medida de la izquierda radical francesa, adquiere para ellos, cada vez más, el carácter de catecismo. Marcuse desplaza a Sartre. Althusser espasmo generosamente su teología. El Che Guevara es el héroe de la década.

Si hubiese que designar al intelectual representativo de toda esta mezcla de contracultura, continuidad elitista (la Mafia), nostalgia nacionalista y militancia de izquierda, la elección sería sencilla: Carlos Monsiváis. ¿Quién no escuchó "La semana en México" por Radio Universidad? Junto a esa mirada, la crítica de los cincuenta —aun la de Fuentes— parecía piadosa. No era crítica: era una regocijante iconoclastia. Un pitorreo. Monsiváis debe pasar a la historia como el padrino de la Generación del 68. Salvo la edad —son coetáneos— nada le vincula en apariencia con otro miembro inicial de la generación: José Emilio Pacheco. En realidad se parecen mucho. Pacheco tiene también la vena sentimental popular; es un continuador fiel —y no vergonzante, como a veces Monsiváis— de la genealogía literaria contemporánea; un nostálgico irredento del México que ya no fue y un hombre de izquierda. Ambos recogen la sensibilidad literaria y la actitud crítica de la Generación de Medio Siglo, pero le imprimen un mayor énfasis social y nacional. El trío lo completa una vitalísima transfuga de la generación anterior: Elena Poniatowska. Los distingue más el temperamento que las creencias, o más bien, la pérdida de las creencias.

¿Cuál fue la escuela del movimiento estudiantil del 68? Un hecho antes que nada: el ascenso de la primera generación de masas de nuestra historia. Cuando se habla de la Generación de 1915, la de 1929 o Medio Siglo, el sujeto es una élite que no rebasa los centenares, entre anónimos, influyentes, típicos y trascendentes. A la manifestación de los silencios acudieron 400,000 personas. La respuesta a ese plebiscito fue Tla telolco, pero la represión y el paso de los años —como ha probado España— no siega un ideal político de cambio, sólo lo retarda.

¿Cómo se ha transformado la actitud de la generación desde el 68? La respuesta no es sencilla. Todavía en 1971 el ánimo juvenil —y el proyecto— eran revolucionarios. (Había jóvenes en la guerrilla y muchos purgan largos años en la cárcel.) El echeverrismo y la Reforma Política parecieron atemperar y canalizar los fervores. Atemperar más que comprar. Hasta donde se logra entrever, la Generación del 68 no se ha incorporado en su mayoría al aparato estatal. Vive en zonas grises relativamente independientes: las universidades, el periodismo, los partidos de oposición.

El Estado comprendió a tiempo la necesidad de apaciguar el ánimo del 68 mediante un creciente financiamiento de la educación superior. Los sesenta son la década de la burocratización académica y cultural. La Generación del 68 se convierte en la nueva clase académica: maestros, investigadores, técnicos, líderes sindicales y políticos vinculados a las universidades y centros de cultura superior vinculados por intereses y convicciones. Su unidad ideológica es muy clara. Para la Generación del 1915 el marxismo había sido un vago molde social. Para la del 29 un problema ético o una iglesia. La de Medio Siglo lo empleó como un método privilegiado de análisis. En la Generación de 1968 el marxismo se vuelve un repertorio dogmático.

A falta de una sociología de esta nueva clase —no hay valiente que se atreva a hacerla— ¿Qué rasgos de su actitud pueden vislumbrarse?

Prácticamente todos se autodesignan de izquierda (muchos militan en ella), son decididamente anticapitalistas y antinorteamericanos. No distinguen la mentalidad conservadora de la liberal. No matizan ideologías políticas. Identifican o por lo menos supeditan la libertad política con la igualdad económica. Son sinceramente sensibles a las extremas desigualdades económicas y sociales que existen en México y para resolverlas no conciben en el fondo otro método —vieja y paradójica receta en una generación antiautoritaria— que el fortalecimiento del Estado. Se identifican moralmente con el campesino, pero tienden a "obrerizarlo". Las soluciones progresistas y urbanas que imaginan para el campo son, por lo general, poco operativas. Descreen del valor autónomo de la cultura (como en los años treinta se vuelve a hablar de cultura elitista y cultura comprometida). La vida cultural se puebla nuevamente de individuos apasionados, sobreemotivos, románticos, honorables, trasgresivos, insoportables, iconoclastas, perseverantes, que transitan del nihilismo al dogma. Hombres que vive ese estado espiritual que Ortega llamó "extremismo". Un periódico nuevo, vital, influyente representa su actitud: *Unomásuno*, el primer diario de la Generación del 68.

En la cúspide de la masiva Generación del 68 habita su elite intelectual. Salvo brillantes excepciones, este grupo ha descuidado la poesía, la narrativa y las artes visuales o de cualquier índole, en favor de géneros más propicios a la politización: el reportaje, la crónica, el ensayo teórico, la caricatura y, en general, el periodismo militante y doctrinario. La elite protagoniza una verdadera ruptura con actitudes, gustos, preocupaciones y lealtades comunes a las tres generaciones anteriores. Una de las primeras consecuencias de Tlatelolco ("asesinato de la esperanza" lo llamó Monsiváis) fue la necesidad de ejercer la violencia, no con los verdaderos verdugos sino con los padres y abuelos intelectuales, los únicos a la mano, los más entrañables. Este es, a mi juicio, un sentido de la polémica Paz—Monsiváis. La élite del 68 (y algunos escritores jóvenes que sin haber vivido el 68 comparten esa actitud) no ha integrado la figura paterna: ha institucionalizado el parricidio. "Hay parricidios creadores —escribe Gabriel Zaid—:

cuando, al lanzarse contra el fantasma del padre, se destruye una dependencia que estorbaba a dos seres humanos para encontrarse como personas, no papeles dramáticos.

No es el caso, hasta ahora, de los parricidios del 68. El grupo rehúye las identificaciones generacionales —ninguna le parece suficientemente revolucionaria. Si algún arco ha querido trazar es con los Contemporáneos, vistos, desde esta perspectiva, como un grupo de rebeldes trágicos que asumieron la vida como "riesgo" y "peligro". Además de inexacta, esta exaltación puede ser, a su vez, riesgosa y peligrosa: la "vida perniciosa" —a diferencia de la democrática— fue el resorte profundo de D'Annunzio.

Otro rasgo generacional que perdura desde los sesenta es el enclaustramiento. La élite del 68 escribe y habla para su público cautivo, el de campus. A su vez, el público del campus sigue únicamente a su élite, en libros, suplementos, periódicos, seminarios, conferencias, emisoras radiofónicas, simposios, mesas redondas, etc... La visión cosmopolita sigue siendo un tabú. Ni élite ni masa asimilan, por ejemplo, los procesos de autocrítica que ocurren desde hace años en la izquierda europea. No sin razón, después de asistir a un seminario en Ciencias Políticas, Henri Lefebvre comentó que en México había conocido a los estalinistas más puros de la actualidad.

¿Cómo negar, sin embargo, la gran vitalidad de sus órganos de difusión? ¿En qué otro diario fuera de *Unomásuno* se discute, piensa y debate apasionadamente la realidad nacional? Sólo allí y en *Proceso* pueden leerse reportajes descarnados sobre la miseria y la marginación o críticas a los usos y abusos de la descastada burguesía mexicana. La lucha feminista es también un logro del 68, como lo prueba la revista *Fem*. Entre los vicios del periodismo de la Generación del 68 no están la apatía, el comercialismo, el anti-intelectualismo y la corrupción. Su preocupación por los problemas nacionales y su temple son rasgos suficientes para hermanarlo con el combativo periodismo de la Reforma, pero este antecedente no funciona en términos intelectuales y, menos aún, de filosofía política. En este sentido el arco lo cumple *Razones*, voz liberal que recoge, además, la herencia de Daniel Cosío Villegas.

Aparte del periodismo hay dos campos en los que la generación ha comenzado a probar su solvencia: la ciencia y la historia. La creciente politización cultural comienza a afectar a la primera. La Historia —vieja aletargada y ojerosa— ha rejuvenecido increíblemente. El milagro no lo hicieron los cosméticos: lo hizo el 68. A partir de

entonces surgió una nueva conciencia histórica sobre el México contemporáneo. De pronto —como escribe Arnaldo Córdova— todo condujo a inquirir sobre el “Leviatán que nos gobierna”: “¿De dónde venimos y qué fuezas nos han gobernado?” Según Héctor Aguilar Camín, el 68 impulsó la vocación de “repensar un pasado cuyas versiones anteriores parecen del todo insuficientes”. Lo nuevo es:

el ánimo crítico de despojarse de lo aprendido para encontrar vertientes explicativas a satisfacción de las dudas vigentes, el ánimo posible sólo en el contexto de una crisis de conciencia, la compulsión de decir: “no fue así como han dicho, porque si así hubiera sido nuestro presente sería distinto”.

La obra pionera de esta nueva corriente fue el *Zapata* de John Womack Jr. (“Este es un libro acerca de unos campesinos que no querían cambiar y que, por eso mismo, hicieron una revolución”) Adolfo Gilly escribe en prisión *La revolución interrumpida*, obra intensamente emotiva que a pesar de sus esquematismos logra describir la revolución desde el punto de vista de los de abajo. Poco tiempo después siguió la trilogía de Jean Meyer sobre los cristeros, punto límite de revisionismo y desmitificación histórica. Todas las hipótesis se tambalearon. Surgieron nuevas: No hubo una sino varios revoluciones; es preciso analizar por separado cada grupo, ejército, región; ¿quiénes eran los villistas, los carrancistas, los sonorense? ¿es posible disociar la Cristiada de la Revolución? Había que reconstruir desde los cimientos la historia contemporánea. Cabía sólo una certeza: Lo que llamamos Revolución Mexicana fue finalmente un proyecto que siguiendo las líneas dominantes en el Porfiriato, moderniza al país a costa del proyecto local y autárquico del México viejo. Todo lo demás parecía *terra incognita*. Con la generación de 68 se iniciaba, de hecho, la Historiografía crítica contemporánea.¹⁷

En su breve introducción a *Tiempo mexicano* (1971), Carlos Fuentes escribió:

he preferido dar libre curso a mis obsesiones, preferencias y pasiones de mexicano, sin desdeñar ni la arbitrariedad ni la autobiografía. Búsquese aquí, entonces, menos el rigor que la vivencia y más la convicción que la imposible e indeseable objetividad.

Para los historiadores de la Generación del 68 —admiradores de la obra de Fuentes— esta frase pudo ser inicialmente un contraepigrafe vocacional: válidas y comprensibles en un novelista, inadmisibles para un historiador. Buscaron el rigor y no creyeron que la convicción debiera obstruir o por fuerza limitar una objetividad no sólo posible sino enteramente deseable. Todo esto a riesgo de encontrar que las obsesiones, preferencias, impulsos biográficos y pasiones pudieran no coincidir con la verdad. Se trataba en principio de llevar el desengaño a sus últimas consecuencias intelectuales. Dudar de los dogmas y santones —aún de los legítimos— de la historia contemporánea. Descreeer incluso del moralismo crítico de la Generación de Medio Siglo. Ejercer, en fin, lo que Max Weber llamó “el continuo desencantamiento del mundo,” afán que no equivale a ver todo negro sino, quizá, todo



gris. A partir de ese nuevo repertorio de verdades cabría discurrir vías de mejoramiento asequibles para México.

Era un hermoso proyecto. Una lección de probidad e independencia intelectuales en un ámbito que desde el Porfiriato oye la palabra cultura y saca la chequera (o la curul, o la palmada). Era además una solución de altura y dignidad al nudo de resentimiento que dejó la matanza del 68. Pero ha resultado difícil. La vía intelectual y científica es poco gloriosa. La militancia, en cambio, parece adelantar la venganza de aquel agravio, si no contra sus autores y cómplices —cuyo rostro, increíblemente, se ha olvidado o transferido— sí contra nuevos enemigos, a veces reales, a veces imaginarios.

Por eso, la mayoría de la elite del 68 ha optado por la militancia cultural y política en la prensa, las aulas, los sindicatos y los partidos. Así se inició en la vida pública y así ha querido seguir. Los sesenta siguen siendo un campo magnético. Fiel a su temple platónico, la generación busca la totalidad. Vuelve a contar más la vivencia que el rigor, “la convicción que la imposible e indeseable objetividad”.

Quizá la politización que ha introducido en la cultura conducirá de algún modo a la sociedad más igualitaria que todos deseamos. No es fácil que así suceda. Para construir la utopía hay primero que imaginarla o, tratándose —como es el caso— del socialismo, ejercer la crítica del socialismo concreto, real. Pero todo esto implica una paciente labor intelectual que los teóricos sociales del 68 no han estado dispuestos a realizar o que realizan dentro de métodos y esquemas de notoria pobreza y confusión. Hay imprecisión en mucho de lo que escriben. La fundamentación lógica y el simple respeto al principio de la no contradicción les parecen excrescencias de la academia, manías de aburguesamiento intelectual.

Pero los vicios intelectuales, con serlo tanto, no son los más graves. Políticamente, la elite del 68 ha disuelto muchas veces su distancia del poder en grados que llegan a legitimación y comparsa. Una generación que encarnó a la sociedad frente al Estado ha terminado por identificar a la sociedad con el Estado. Moralmente, en fin, es triste su incapacidad para la decepción, la autocrítica, el pluralismo y la tolerancia.

En el fondo de todo un viejo resentimiento. Si hubiese perdurado el espíritu libertario y de solidaridad del movimiento estudiantil, la generación estaría integrando ahora todo el ciclo generacional anterior —y su propia negatividad— para *construir* alternativas nuevas, viables, mejores para México. Lo que perduró, en cambio, fue Tlatelolco. La Generación del 68 tiene, con plena razón, una cuenta que cobrar: de ahí su temple destructivo. Pero “hay tiempo para destruir y tiempo para edificar”. Quizá muy pronto su violencia llegue a ser, como la de Vasconcelos en 1921, una “violencia creadora”.

NOTAS

(Los listados onomásticos que siguen son incompletos y provisionales. Su objeto es ilustrar no cuantificar ni jerarquizar. Cualquier omisión es involuntaria.)

1. Fundadores y fundaciones de la Generación de 1915

Barreda, Octavio
Bassols, Narciso

*Letras de México, El Hijo
Pródigo
Combate*

Caso, Alfonso

Cosío Villegas, Daniel

Chávez, Ignacio
Erro, Luis Enrique
Fournier, Raúl
García Granados, Rafael y
Martínez del Río, Pablo
Gómez Morín, Manuel

Guisa y Acevedo, Jesús
Loera y Chávez, Agustín
Lombardo Toledano,
Vicente

Martínez Báez, Manuel

Massieu, Wilfredo
Mendieta y Nuñez, Lucio

Robles, Gonzalo

Sandoval Vallarta,
Manuel
Silva Herzog, Jesús
Toussaint, Manuel

Vásquez del Mercado,
Alberto

2. Historiadores de 1915

Bravo Ugarte, Manuel

Caso, Alfonso
Castro Leal, Antonio
Cosío Villegas, Daniel
Garibay, Angel María
Chávez Orozco, Luis
García Granados, Rafael
Gómez de Orozco, Federico
Junco, Alfonso
Maillefert, Alfredo
Mancisidor, José
Méndez Plancarte,
Alfonso
Méndez Plancarte,
Gabriel
Rama, Samuel
Silva Herzog, Jesús
Taracena, Alfonso
Teja Zabre, Alfonso
Toussaint, Manuel
Valadés, José C.
Valle Arizpe, Artemio

3. Algunos transterrados del 1915

Altamira, Rafael
Boech Gimpera, Pedro
Buñuel, Luis
Gallegos Rocafull,
José María

Instituto Nacional de
Antropología e Historia
Instituto Indigenista
El Colegio de México
Fondo de Cultura Económica
El Trimestre Económico
Foro Internacional
Historia Mexicana
Escuela Nacional de Economía

Instituto Nacional de Cardiología
Observatorio Nacional
La prensa médica mexicana
Instituto de Investigaciones
Históricas
Banco de México
Banco Nacional de Crédito Agrícola
Partido Acción Nacional
Editorial JUS
Editorial Polis, Revista *Lectura*
Escuela Bancaria y Comercial
Universidad Obrera
Central General de Obreros y
Campesinos de México (CGOCM)
Confederación de Trabajadores
de México (CTM)
Confederación de Trabajadores
de América Latina (CTAL)
Partido Popular Socialista
Instituto Nacional de
Enfermedades Tropicales
Instituto Politécnico Nacional
Instituto de Investigaciones
Sociales
Escuelas Centrales Agrícolas
Banco Hipotecario y de Obras
Públicas
Instituto de Física

Cuadernos Americanos
Instituto de Investigaciones
Estéticas
Revista General de Derecho y
Jurisprudencia

Historia Eclesiástica y de
Michoacán
Culturas Precolombinas
Historia literaria
México Moderno
Literatura Náhuatl
Historia Económica
Enfoque biográfico
Arte colonial
Historia colonial e hispanista
Microhistoria
Enfoque marxista
Siglo XVIII

Siglo XVIII

Historia de la Educación
Historia oficial
Efemérides
Enfoque marxista
Arte colonial
Siglo XIX
Colonial costumbrista

Manteoón, Ignacio
Medina Echavarría, José
Millares Carlo, Agustín
Miranda, José

Gaos, José
García Bacca, Juan David
Halffter, Rodolfo
Imaz, Eugenio
Iglesia, Ramón

4. Arquitectos del 29

Barragán, Luis
De la Mora, Enrique
Del Moral, Enrique
González Aparicio, Luis

5. Artistas de bronce

Músicos:

Bernal Jiménez, Miguel
Galindo, Blas
Moncayo, José Pablo

Pintores:

Anguiano, Raúl
Chávez Morado, José
González Camarena, Jesús

6. Científicos (sin comillas) del 29

Adem, José
Barros Sierra, Javier
Barajas, Alberto
Beltrán, Enrique
Carrillo Flores, Nabor
Flores, Edmundo

7. Juristas del 29

Amparo:

Azueta Rivera, Mariano
Burgos Orihuela, Ignacio
Noriega Cantú, Alfonso

Derecho Administrativo:
Carrillo Flores, Antonio
Serra Rojas, Andrés

Derecho Financiero y Tributario:

Flores Zavala, Ernesto
Derecho Internacional:
García Robles, Alfonso
Gómez Robledo, Antonio
Sepúlveda, César
Sierra, Manuel J.

Derecho Penal:
Carrancá y Trujillo, Raúl
Franco Sodi, Carlos
González de la Vega,
Francisco

8. Historiadores del 29

Aguirre Beltrán, Gonzalo
Arnáiz y Freg, Arturo
Benítez, Fernando
Bernal, Ignacio
De la Maza, Francisco
De la Torre Villar, Ernesto
Díaz de Ovando,
Clementina
Fernández, Justino
Fuentes Mares, José
García Cantú, Gastón

9. Novelistas y ensayistas de medio siglo

Arredondo, Inés
Báiz, Huberto
Campos, Julieta
Carballo, Emmanuel

Pedroso, Manuel
Recasens Siches, Luis
Roces, Wenceslao

Lazo, Carlos
Pani, Mario
Ramírez Yáñez, Pedro

Guerrero Galván
O'Gorman, Juan
O'Higgins, Pablo

Graef Fernández, Carlos
Haro, Guillermo
Moshinsky, Marcos
Sepúlveda, Bernardo

Derecho Civil:
Borja Soriano, Manuel
Pallares, Eduardo
Derecho constitucional:
Hernández, Octavio A.

Herrera y Lasso, Manuel
Martínez Báez, Antonio
Tena Ramírez, Felipe

Derecho Mercantil:

Barrera Graef, Jorge
Mantilla Molina, Roberto L.
Rodríguez y Rodríguez, Jesús

Derecho del Trabajo:
De la Cueva, Mario
Trueba Urbina, Alberto
Filosofía del Derecho:
García Maynes, Eduardo

Jiménez Moreno, Wigberto
Millán, María del Carmen
O'Gorman, Edmundo
Pérez Martínez, Héctor
Rojas Gardueñas, José
Toscano, Salvador
Zavala, Silvio
Zea, Leopoldo

González Casanova, Henrique
Ibarguengoitia, Jorge
López Pérez, Jorge
Magaña, Sergio

Dávila, Amparo
De la Colina, José
Elizondo, Salvador
Fernández, Sergio
Fuentes, Carlos
Galindo, Sergio
García Ponce, Juan
Garibay, Ricardo

10. Historiadores de medio siglo

Blanquel, Eduardo
Bosch, Carlos
García Ruiz, Alfonso
González, Luis
González Navarro, Moisés
León Portilla, Miguel

Melo, Juan Vicente
Mejía Sánchez, Ernesto
Mendoza, María Luisa
Glantz, Margo
Piazza, Luis Guillermo
Pitol, Sergio
Rossi, Alejandro
Valadés, Edmundo

Manrique, Jorge Alberto
Maysen, Xavier
Piña Chan, Román
Ulloa, Berta
Vargas Lugo, Elisa
Vázquez, Josefina

11. Lingüistas y demógrafos de medio siglo

Lingüistas

Alatorre, Antonio
Frenk, Margrit
Buxó, José Pascual

Demógrafos

Benítez, Raúl
Cabrera, Gustavo
Unikel, Luis

12. Pintores de medio siglo

Carrillo, Lilia
Coronel, Pedro
Coronel, Rafael
Cuevas, José Luis

Felguérez, Manuel
García Ponce, Fernando
Gironella, Alberto
Sakai, Kasuya
Vlady
Von Gunthen, Roger

13. Autores teatrales de medio siglo

Azar, Héctor
Carballido, Emilio
Gurrola, Juan José
14. Poetas de medio siglo
Fraire, Isabel
González Cosío, Arturo
González de León,
Ulalume
Guardia, Miguel
Hernández Campos, Jorge
García Terrés, Jaime
Lizalde, Eduardo
Montes de Oca, Marco
Antonio

Hernández, Luisa Josefina
Lebrero, Vicente

Bonifaz Nuño, Rubén
Castellanos, Rosario
Mutis, Alvaro
Sabines, Jaime
Segovia, Tomás
Rius, Luis
Zaid, Gabriel

15. Científicos sociales de medio siglo

Sociólogos y Antropólogos:

Bonfil, Guillermo
Flores Olea, Víctor
González Casanova, Pablo

González Cosío, Arturo
González Pedrero, Enrique
López Cámara, Francisco
Poza, Ricardo
Warman, Arturo

Economistas:

Aguilar, Alonso
Ceceña, José Luis
Flores de la Peña,
Horacio

Ibarra, David
Martínez, Ifigenia
Solís, Leopoldo

Políticos:

Ojeda Gómez, Mario

Segovia, Rafael

16. Si se considera a "La Onda" y "La espiga amotinada" como partes de una primera promoción de esta generación, los poetas típicos del 68 serían: Marco Antonio Campos, Ricardo Castillo, David Huerta, Javier Molina, Jaime Reyes, Ricardo Yáñez. Los novelistas: Jorge Aguilar Mora y Héctor Manjarrez. Otros escritores nacidos entre 1936 y 1950: Arturo Azuela, René Avilés Fabila, Luis Carrión, Carlos Montemayor, Jorge Arturo Ojeda, Francisco Prieto, Juan Tovar, Alberto Dallal, Esther Seligson, Elsa Cross, Manuel Capetillo, Miguel Ángel Flores.

17. Los libros de Héctor Aguilar Camín, Lorenzo Meyer, Arnaldo Córdova y la serie de *Historia de la Revolución Mexicana* patrocinada por El Colegio de México son ejemplos de esta tendencia.